La identidad de Fulcanelli

La identidad de Fulcanelli

Javier Corzo Sánchez



Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com

Primera edición: marzo 2016

© Derechos de edición reservados.
Editorial Círculo Rojo.
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com
Colección Investigación

© Javier Corzo Sánchez
Email autor: javier_corzo@yahoo.es

Edición: Editorial Círculo Rojo.
Maquetación: Juan Muñoz Céspedes.
Rev: Germán Fernández.
Fotografía de cubierta: © Enrique Corzo de Porras
Diseño de portada: © Silvia Martínez Gil.

Producido por: Editorial Círculo Rojo.

ISBN: 978-84-9126-455-2

DEPÓSITO LEGAL: AL 247-2016

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. Editorial Círculo Rojo no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

IMPRESO EN ESPAÑA – UNIÓN EUROPEA

Segundo Prólogo para una Sevilla del Enigma

Si, digo segundo, como aviso o recordatorio al lector de mi primera inmersión en las aguas del reino oculto de Sevilla, de esa singular laguna Estigia que, en una de sus orillas, en las antiguas atarazanas, conserva la obra del caballero de Calatrava, Don Miguel Mañara, que nos transmite un legado milenario. De allí salimos ahora, buscando otra cabeza de la desconocida hidra que, insomne y silenciosa, vigila la ciudad.

Es suave el sol del atardecer en el sevillano barrio del *Arenal*; pero a mis ojos, hechos a las penumbras de nuestra reciente visita al Hospital de la Caridad, los ha cegado su luz durante unos momentos. He dudado, además, antes de elegir el segundo destino de mi itinerario, a través del tiempo y el espacio, por la Sevilla del Enigma. Porque, en efecto, hay varias opciones.

Finalmente, sigo la dirección del río, en su perezoso descenso, para encontrarme con, quizás, el último gran misterio de la Ciencias Oculta; además, sé que por aquí hallaré buenos amigos a los que he prometido un sitio en mi particular panorámica de la cara hermética de la antigua Hispalis. Te ruego, amigo lector, que me acompañes unos pasos en este singular itinerario.

Pasamos entre la Torre del Oro y la de la Plata, desaparecido hoy el lienzo amurallado que las unía en su tiempo de esplendor; aquél en que hemos estado en muestra primera estación. Pero ahora no sólo debemos cambiar de lugar, sino también nuestra época, avanzando algún que otro siglo, desde el oro y el barro de la urbe hispalense en el triste día en que muere Miguel Mañara y Vicentelo de Leca.

En solo unos pocos metros más, pero en un salto de doscientos años, en la margen izquierda del río, entramos en un parque por el que ya pasean

unas figuras con los primeros trazos del romanticismo. Y poco después, vemos algunas luces que empiezan a animar el impresionante palacio al fondo de los jardines de Cristina, donde las elegantes líneas del barroco de Figueroa logran compensar la resonante teatralidad de la portada. No podemos detenernos mucho, pero merece la pena acercarse un poco más. Quizás pueda ver a una buena amiga que estos años frecuenta el palacio.

-Bon jour, mon vieux! Est-ce que vous venez nous visiter?

Mientras yo intento recordar algo de mi mal francés, miro a la persona que se ha dirigido a mí; un hombre de media estatura y más que mediana edad, corpulento y con el pelo casi blanco.

-Ah, non, desolé, monsieur Latour; pas encore. Ça sera une autre fois, j'espére. Mais plutôt pour parler avec votre amie.

-Alors, à bientôp

Pero él había adivinado a dónde me dirigía; al alejarme, en apenas unos pasos, le escuché de nuevo:

-Et n'oubliez pas de saluer madame la Comtesse!

Y a pesar de su habitual seriedad, le vi trazar con su mano un socarrón saludo de despedida.

¡El bondadoso Antoine de Latour! He echado una última mirada al melancólico parque, pero en esta ocasión no he logrado ver a sus amigos, sombras vivientes de la Sevilla del XIX; el gran Dumas, en todo excesivo; Cecilia Böhll, la más misteriosa de las esfinges…a los tres los enlaza el singular Montpensier; los tres, sospecho, mojaron sus plumas en la tinta tenebrosa y oculta de los viejos magos; sí, quizás vuelva a verlos dentro de poco para arrancarles su obstinado secreto.

Mi respuesta a Latour, con todo, no había sido una simple disculpa. Porque hoy me esperaba otra época, un par de generaciones más allá; y, por cierto, y aunque yo sea andariego, también un buen paseo. Sólo seguir hasta el final la tapia que bordea el palacio de los Montpensier hacia el sur, ya lleva su tiempo; ese tiempo en el que, por cierto, también tenemos que avanzar.

Y en este avance, de repente, la placidez de nuestros últimos pasos cambia radicalmente; sí, hemos entrado en un mundo mucho más acelerado, en que se mezclan y confunden presurosos movimientos de hombres y máquinas. A un lado y otro de la espaciosa avenida que se abre ante nuestros ojos, parece querer levantarse febrilmente casi una nueva ciudad. Se necesita un guía, un nuevo Virgilio, para la entrada a este particular infierno.

Y nuestro Virgilio, efectivamente, nos espera unos metros más allá; parece tranquilo, un poco indiferente al estrépito y la polvareda a su alrededor. Pálido el rostro, ardientes los ojos, bigote casi dalidiano, cuerpo de asceta. Me sonríe, sin dejar de mirarme mientras llego hasta él. Un poco antes, le saludo con cierto tonillo.

-Buenas tardes, Sr. Arquitecto Jefe.

-Déjate de guasas; ya sabes que aquí el único jefe es Don José. Aníbal ha siso vencido en la última batalla.

Después, con un gesto, me señala la barahúnda que nos rodea.

-¿Has venido a ver esto? Ya notarás que aún le falta bastante.

- No tanto, hombre. Yo creo que llegáis.

Se encoje de hombros.

-Con tal de que quede algo del proyecto…¿No habrás venido por mí, entonces?

-No, hoy sigo algo más allá. Pero ya sabes que estás bajo sospecha.

Aníbal se ha reído un poco, con el fondo triste del que se sabe próximo a la despedida.

-Si, ya sé…Mucha imaginación me parece. Pero entonces, ya sé a dónde vas. Todavía te queda un ratito.

-Si, voy a seguir, ya es un poco tarde. Por cierto, te lo quería preguntar: ¿Aquella casa es de las tuyas?

-¿Aquella? No, aquella es de Hernández-Rubio. No está mal; lástima que no vaya a durar mucho.

-Tampoco mejor suerte va a correr tu Café Paris.

-Otra barbarie, y no lo digo porque sea mío. ¡Y para el adefesio que van a poner! Menos mal que el sitio es discreto y no pasa mucha gente, je,je.

-No te amargues, que bárbaros habrá siempre. Te tengo que dejar, pero nos veremos pronto.

-Eso si, pronto tendrá que ser; no me queda mucho…

La figura de Aníbal desapareció entre la confusión de ruido y polvo que nos rodeaba antes de que pudiera contestar a su irónica despedida.

****

En nuestra breve incursión a través del tiempo, quizás, paciente lector, habrás identificado la época de Sevilla a la que hemos llegado: a finales de los años veinte del pasado siglo, cuando la ciudad prepara apresuradamente la Exposición Iberoamericana, por tanto tiempo dilatada. Pero hay otras circunstancias menos divulgadas, aunque muy significativas, como es que Sevilla es ahora el mayor hervidero en España de sociedades masónicas y teosóficas, con evidente influencia en la turbulenta política de los días que vienen; pero también –y era esperable- actuando en cenáculos más restringidos, en una corriente esotérica aún hoy escasamente conocida. Aunque es verdad que el objeto de nuestra visita es alguien radicalmente singular e independiente, la Sevilla de estos años será para él un marco ideal, y ese hombre redescubrirá aquí la última parte del mensaje que obstinadamente persiguió toda su vida.

Me he vuelto de nuevo a la gran avenida. Sí, tengo algo de prisa. Me espera, efectivamente, un personaje importante; nada menos que uno de los mayores enigmas del siglo XX. Un hombre que nos reveló un puente olvidado entre el lenguaje de la cábala y la ciencia moderna. Inaprensible y móvil como el azogue, a él se le debe aplicar con toda propiedad, no ya el adjetivo de silencioso, sino el de hermético.

No conocemos su verdadero nombre…hasta ahora. Sí, en cambio, ha sido muy divulgado su extraño pseudónimo, que se ha convertido en todo un símbolo en la misteriosa ciencia de la alquimia:

FULCANELLI